

EL SOMBRERO DE COPA

por Ramón Gómez



Dici: y en fe de verdad, aunque de rubor me corra, estos versos aceptad; van así... de vecindad; como quien dice... de gorra.»

El sombrero de copa daba altura al que lo usaba, y el encopetado parecía guardar en él, como en una de aquellas grandes estanterías de roble para los libros, sus ideas y sus recuerdos.

La desaparición del sombrero de copa es una equivocación. Tenía el hombre más aléurnia con él, y ni el ingenio ni nada substituirá aquella categoría del sombrero de copa.

Hay un momento en que lo usaron hasta las clases más humildes, y es gracioso ver en algunas estampas de época á los mozos que conducen carretillas de mano llevar un sombrero de copa en la cabeza. ¿Eran los de aquellos hombres sombreros de copa heredados de los ricos, y era en su cabeza el sombrero de copa como lo es en la cabeza del traperio, ó, por el contrario, es que lo compraban para decorar su esclavitud?

El sombrero de copa revolucionario fué también un sombrero plebeyo, pero altisonante. Será inolvidable el cuadro de Delacroix titulado *La barricada*, en que aparece un noble tipo rematado por el sombrero de copa.

Hacia el año 1859 se inicia su decadencia, y entonces escriben un libro necrológico en honor del sombrero de copa los prohombres de la época, Ferrer del Río, Manuel del Palacio, Hartzembusch, Truch, Narciso Serra, Pedro Antonio Alarcón, *El Solitario*, Olavarría, etc.

En el ejemplar que yo tengo de ese librito, que circuló muy poco, pone *Olavarría*, porque era, indudablemente, el que le tocó al poeta, que escribe en él:

Un sombrero de anchas alas,
con mal reprimida cólera,
daba sus quejas al viento,
tribulado, en esta forma:
«Heme triste y taciturno
clamando misericordia,
sía alegría... en mis alas,
sía ilusión... en mi copa.»

La lucha que pintó ese libro fué la que se entabló entre el sombrero de copa y el hongo, y que mereció estos versos de Ventura de la Vega:

«Yo ni apadrino ni rechazo el hongo;
si todos se lo ponen, me lo pongo.»

Catalina, que bien hubiera podido llamarse Catilina, porque sus versos resultaron «catilinarios», le dedicó estas estrofas «Al Comité reformista del Sombrero»:

«Copa en que el hombre no bebe,
copa en que el ave no anida,
ni ha sido copa en su vida
ni llamarse copa debe.»

Alas que no dejan ver
ni sirven para volar,
ó se deben replugar
ó se deben extender.

Mueble que viaja altanero
del hombre en lo más augusto,
haga sombra, como es justo,
ó deje de ser *sombbrero*.

de la Serna

SALVE, MILAGROSA...

*Guardo en el cofrecillo de mi pecho
el menudo rescoldo fenecido
de todo lo creado, y ya desheche;
de todo lo ganado, y ya perdido...;*

*arquita venerada, donde mora
lo que quiso ser luz y se hizo llanto,
donde el ayer se desmeleno y llora;
arquita que parece un camposanto...*

*y que adoro, por fiel y por clemente,
despojada de mis cis y luces,
y que contemplo religiosamente
llena de cicatrices y de cruces;*

*vaso de mis venenos y triacas,
mortaja de mis soles y mis brumas,
playa de mis dramáticas resacas
y de mis más románticas espumas...*

—o—

*... Y has sido tú, la antaño idolatrada,
la que, por los caprichos de la suerte,
vienes á revivir con tu mirada
lo que estaba tan muerto por la muerte;*

*eres tú, Regresada y Renacida,
la que invade de flores los ayeres,
la que le arranca mieles á la herida,
la Mujer, entre todas las mujeres...;*

*la que, al verme letárgico y maltrecho,
hoy me brinda su magia milagrosa;
la que, alumbrando el arca de mi pecho,
da á sus cenizas un olor de rosa...*

*¡Sonrisa y claridad de afortunado
con las que no soñaba mi fortuna,
y que logran que el pecho, remozado,
se empiece á remover como una cuna!...*

E. RAMÍREZ ÁNGEL

Aun después de aquel libro necrológico, el sombrero de copa no quedó muerto.

Se siguió usando y hasta se volvió prenda de mayor distinción. Quedaron pocos caballeros, pero quedaron algunos que con gran prestancia se mostraron con sus altos sombreros elevadísimos.

Todo director de algo usaba sombrero de copa.

Hoy, al repasar los retratos de aquellos hombres y escoger entre todos los de los álbumes los mejores, los que más revelan y sintetizan los principales tipos de sombrero de copa, vemos que hay varias clases:

El sombrero de copa del magistrado.

El sombrero de copa del político.

El sombrero de copa del hidalgo misterioso.

El sombrero de copa del pollo (que antes era un pollancón).

El sombrero de copa del apabullado.

El sombrero de copa del que hubiera sido actor de teatro y se quedó con un tipo parejo, con el tipo de actor de la vida.

El sombrero de copa del hombre bonachón.

En todos esos sombreros de copa parecía guardarse algo, y los que lo aparecen con el sombrero quitado, parece que no se lo podrán poner, de enorme que es.

En manos de otros parecen sombreros de copa de prestidigitador ó fundas de instrumentos de música, y los que son colocados sobre las mesas parecen macetas de las cabezas de los usías que los han colocado así.

Hoy ya está realmente muerto. Ni en las carreras puede resucitar, ni siquiera en forma de chistera gris y como empolvada por el movimiento de carruajes y caballos.

El juez de guardia que lo tiene que usar cuando sale á la faena, cuando va á levantar los cadáveres, lo lleva en la mano, pues como se turna entre los jueces de la ciudad el que ha de estar de guardia, tienen para todos un solo sombrero, que, á veces, ni metiéndole papeles sirve, y por eso el juez de guardia entra en casa de la víctima con el sombrero de copa en la mano desde que baja del coche. ¡Gran respeto!

Algún veterano periodista que acostumbra á ir por el Senado todas las tardes, no se atreve á pasar por las calles con el sombrero puesto, y por eso los ujieres del Senado le tienen guardado un sombrero de copa, por el que cambia el flexible cuando entra en la Alta Cámara.

Ya ha llegado, pues, el día en que vive como una cosa de ritual, de la que se avergüenzan los hombres mundanos, una cosa de ritual como las pelucas blancas de los jueces de Londres.